



Capítulo IV

“No se gobierna sólo con ideas pero tampoco sin ellas”: Videla en el primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana (Córdoba, 1979)

Facundo José Moine
IDH - CONICET/UNC
ffmoine@mi.unc.edu.ar

Maximiliano Chirino
CIFFyH-UNC
maximiliano.chirino@mi.unc.edu.ar

El año 1979 asistió a la conmemoración de los cien años de la publicación de la encíclica *Aeterni Patris*, en la que el Papa León XIII exhortaba a restaurar la doctrina de Tomás de Aquino: allí reconocía a esta última como la filosofía verdadera, dado que su verdad no estaba sujeta al tiempo, y establecía una batalla contra otras corrientes modernas y contemporáneas en boga, frente a las que hacía un llamado a renovar la práctica evangelizadora de la Iglesia, especialmente a través de diferentes acciones en el ámbito universitario¹. Para celebrar su centenario, un grupo de filósofos y religiosos católicos argentinos, miembros de la Sociedad Católica Argentina de Filosofía, organizaron el primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana. Entre ellos, sobresalía la figura de Alberto Caturelli, quien, además de ejercer como presidente de dicha Sociedad², se

1 Para una lectura atenta sobre la encíclica y su incidencia en la cultura católica del siglo XX véase Guerrero, 1992, como así también la conversación con Sergio Sánchez y Carlos Martínez Ruiz en este volumen.

2 Según relata el propio Caturelli (1978a), la Sociedad Católica Argentina de Filosofía surgió en 1978 con el propósito de dotar al ámbito filosófico argentino de una representación internacional. Su creación significó una ampliación de la Sociedad Argentina de Filósofos Católicos, fundada en 1973 en la Universidad Católica Argentina por Octavio N. Derisi, Guillermo Blanco

desempeñaba como profesor de “Historia de la Filosofía Medieval” en la Escuela de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba y como investigador superior del CONICET³. Dos años antes, motivado por Stanislavs Ladusans, presidente de la Asociación Católica Interamericana de Filosofía⁴ y profesor en las Facultades de Filosofía y Teología de la Universidad de San Pablo, y con el respaldo del Papa Pablo VI, Caturelli había asumido la dirección de la Comisión Ejecutiva del Congreso. Por su

y Gustavo E. Ponferrada, entre otros. La ya existente revista *Sapientia* fue declarada su órgano oficial. La Sociedad expresó su adhesión al Papa y se instituyó, en efecto, como representante de Argentina ante la Federación Internacional de Sociedades de Filosofía y la Unión Mundial de Sociedades Católicas de Filosofía.

3 Tras el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 y hasta 1981, el CONICET, junto con las universidades nacionales y otras instituciones estatales, fue intervenido por la Junta Militar. Para el Consejo, este periodo marca un momento contradictorio caracterizado por dos procesos paralelos. Por un lado, se observa un intenso disciplinamiento y control ideológico. Por otro lado, se produce una redistribución de los recursos presupuestarios, con una transferencia desde las universidades nacionales hacia el CONICET. Esto conlleva al desmantelamiento y desfinanciamiento de las primeras, mientras que el segundo experimenta una expansión significativa. Resulta pertinente señalar también que, durante dicho proceso de intervención, se subvencionaron diversas fundaciones y sociedades de carácter católico nacionalista. Este fue el caso de la Asociación Católica Interamericana de Filosofía, creada en 1972 y subvencionada por el CONICET Córdoba a través de la revista *Filosofar Cristiano* en 1977, cuyos directores fueron Alberto Caturelli, Stanislaus Ladusans (Brasil) y Agustín Basave (México). Cfr. Gárgano, 2015; Bekerman et. al., 2023.

4 Esta Asociación se creó en noviembre de 1972, durante el VIII Congreso Interamericano de Filosofía celebrado en la ciudad de Brasilia. En julio de 1978, tras la incorporación de Estados Unidos y Canadá, se transformó en la Asociación Católica Interamericana de Filosofía. Caturelli figuró entre los firmantes del acta fundacional y asumió el rol de vicepresidente primero, además de ser designado director de su revista *Filosofar Cristiano*. Caturelli, junto con Derisi, representó a la Asociación en el Congreso Internacional “Tomás de Aquino en su VII centenario”, realizado en Italia en abril de 1974, donde presentó una disertación sobre la antropología tomista. Entre los argentinos que también suscribieron al acta de fundación de la Asociación se encuentran Ismael Quiles, Ernesto Eduardo Borga, Judith García Caffarena, Pedro R. David, Edgardo Fernández Sabaté, Herrera Figueroa y Diego F. Pró. Cfr. Ponferrada (1974).

parte, el filósofo Octavio Derisi, presbítero y fundador de la Sociedad Tomista Argentina (1948) y de la Universidad Católica Argentina (1958), quedó a cargo de su Comisión Organizadora⁵.

Este grupo, encabezado por Caturelli y Derisi, pertenecía a un sector académico y eclesiástico que, desde principios del siglo XX, abogaba por un enfoque católico de carácter neotomista, militarista, hispanista y nacionalista. Hacia la década de 1960 y con el Concilio Vaticano II como telón de fondo, este sector se había consolidado al interior de la Iglesia Católica y de ciertas universidades argentinas, desplazando otras corrientes “modernistas”, que también se disputaban la dirección de estos ámbitos. Sus miembros se proponían responder al llamado de la *Aeterni Patris* de León XIII. En este marco, presidieron la Conferencia Episcopal Argentina; fundaron diversas organizaciones, como la Congregación de Cooperadores Parroquiales de Cristo Rey (1959), la Sociedad Argentina de Defensa de la Tradición, la Familia y la Propiedad (1967), el Movimiento Unificado Nacionalista Argentino (1973) y la antes mencionada Sociedad Católica Argentina de Filosofía (1978); y editaron numerosas revistas, entre ellas *Sapientia* (1946), *Cruzada* (1956), *Verbo* (1959), *Tiempo Político* (1970), *Vísperas* (1972), *Mikael* (1973) y *Cabildo* (1973). Además, se distinguieron por forjar, a través del vicariato castrense, un estrecho vínculo, de formación y apoyo, con las Fuerzas Armadas⁶.

5 La Comisión Ejecutiva del Congreso estuvo integrada por: Ana Castro de Cabanillas, Eduardo Fariña, Pedro Baquero Lazcano, Alberto Fariña Videla e Iván Luna; mientras que la Comisión Organizadora contó con la participación de: Guillermo Blanco, Juan Alfredo Casaubon, Gustavo Ponferrada, Roberto Brie, Ismael Quiles, Fray Domingo Basso, Benito Raffo Magnasco, Denis Cardozo Biritos, Abelardo Pithod, Alfredo Sáez, Vicente Ciliberto, Raúl Echauri, Edgardo Fernández Sabaté, Augusto Furlán, Pedro Baquero Lazcano, Emilio Komar, José María de Estrada. Cfr. Caturelli et al., 1980.

6 Sin tratarse de una diócesis, el vicariato se conforma como una organización aparte a los obispados, con cierta autonomía eclesiástica dado que no solo responde a la Santa Sede, sino también al Poder Ejecutivo Nacional, puesto que está destinado exclusivamente a brindar asistencia a las Fuerzas Armadas. Así, el vicariato castrense ejerció una fuerte influencia en los años posteriores a su creación en 1957, conformándose por cuatro capellanías: Capellanía Mayor del Ejército Argentino, Capellanía Mayor de la Fuerza Aérea Argentina, Capellanía Mayor de la Armada Argentina y Capellanía Mayor de la Gendarmería Nacional Argentina. La concentración de poder que representó

A partir de ello, desempeñaron un papel protagónico en las diversas rupturas de los regímenes democráticos que tuvieron lugar en el país desde 1930. El golpe de Estado de 1976 no fue una excepción.

Con este último golpe se inicia el denominado “Proceso de Reorganización Nacional”, cuyos principales objetivos fueron consolidar la moral cristiana y la tradición nacional, a la vez que erradicar la llamada “subversión marxista”, particularmente en el ámbito cultural y educativo (Junta Militar de la República Argentina, 1980). En este sentido, las universidades fueron percibidas como una amenaza y se consideró necesario depurarlas ideológicamente. En el caso de la Universidad Nacional de Córdoba, como se ha advertido a lo largo de este volumen, esto se tradujo en el cesanteo, expulsión, persecución y desaparición de muchos docentes y estudiantes, así como en la conformación de una serie de comisiones encargadas de reorganizar sus estructuras administrativas. Caturelli, como parte de la institución, fue una figura importante en este proceso. Junto con Manuel Martínez Paz y Alberto Boixados, integró la comisión “Misión y Fines de la Universidad” destinada a “estudiar y proponer criterios y medidas relativas” a la temática que le da nombre (res. rec. n° 1851 del 09/08/1976). A través del documento que registraba el trabajo de esta comisión, y que ha sido comentado previamente en este libro, se denunció al materialismo dialéctico, en tanto forma de pensamiento anticristiano desplegado fuera y dentro de los claustros, como el principal factor de “corrupción de las conductas y de las costumbres” (Boixadós, Caturelli et al, 1976, p. 6). Dos años después, en 1978, Caturelli, uno de los dos oradores principales en el acto de conmemoración del 365° aniversario de la Universidad –el otro orador fue Jorge Orgaz-, llamó a restaurar y fortalecer cierta tradición nacional, hispánica y cristiana (Caturelli, 1978b). Asimismo, integró diversas comisiones para la reorganización institucional y pedagógica de la Universidad, participó de distintos eventos

este vicariato durante las dictaduras de nuestro país puede verse reflejada en la designación de dos grandes figuras a cargo de la Conferencia Episcopal Argentina que ejercieron a su vez la dirección de la formación militar religiosa: Antonio Caggiano en el periodo 1959-1975 y Adolfo Servando Tortolo durante los años 1975-1982.

académicos y culturales, y publicó numerosos trabajos, muchos de ellos bajo el auspicio de la Facultad de Filosofía y Humanidades⁷.

Al comentar la organización y realización del primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana, Caturelli (1980) afirmaba que Iberoamérica era un continente esencialmente católico, puesto que su fundación se remontaba a la conquista española. Y ante la crisis que, a su parecer, atravesaba la cultura católica occidental debido al predominio del escepticismo metafísico -del cual el marxismo constituía una parte central-, consideraba que esta región era su último refugio. Sin embargo, reconocía también que Iberoamérica no estaba exenta de esas tendencias supuestamente subversivas que intentaban “arrancarla de su verdadera tradición” (Caturelli, 1980, p. 14) y que, por ende, le negaban su destino histórico. Caturelli admitía que, ante esta situación, numerosos pensadores católicos habían librado una “batalla cultural” a través de diversas obras y fundaciones,

7 En abril de 1976, Caturelli fue designado por el delegado Militar de la FFyH Mayor Romero para integrar una comisión dedicada a la reorganización en el orden administrativo y docente de la FFyH (res. dec. n°. 177 del 29/04/1976). Al año siguiente, el Mayor Romero lo designó también como miembro de la Comisión organizadora de las “Jornadas Pedagógicas”, obligatorias para todo el personal docente de la FFyH y que tuvieron por finalidad “aunar los criterios sobre temas pedagógicos” para toda la Facultad (res. dec. n°. 694 del 30/12/76.). En 1979, fue uno de los selectos docentes de la UNC convocados por el gobierno militar (junto con Alberto Boixadés y Alfredo Rossetti) para considerar el documento Bases políticas de las Fuerzas Armadas para el Proceso de Reorganización Nacional (*La Voz del Interior*, 31/5/1980, citado por Philip, 2015). Además, fue protagonista de distintas actividades culturales de la Universidad intervenida: en 1979 expuso una ponencia titulada “Meditación filosófica sobre el misterio del niño” en el marco del XV Curso de Temporada sobre el tema “El niño” en adhesión al “Año Internacional del Niño”, instituido por la Asamblea General de las Naciones Unidas (res. rec.. n° 738 del 8/6/1979); y en 1982, disertó en la reunión organizada por el Instituto de Derecho Internacional Público de la Facultad de Derecho sobre el tema “La guerra justa”, en referencia a la de Malvinas (*La Voz del Interior*, 2/6/1982; 3/6/1982, citado por Philip, 2015.). Por último, Caturelli publicó un gran cantidad de libros y folletos como *Alfredo Fraguero en la filosofía argentina* (1976), *Freire y Marcuse: los teóricos de la subversión* (1977), *Descubrimiento de América como acto de la conciencia cristiana* (1980), *Ateísmo inmanentista y vigencia del pensamiento católico* (1980), *Diccionario de filósofos argentinos* (1981), *La restauración del tomismo en Fray José María Liqueno* (1982), entre otros.

como las antes mencionadas. Si bien sostenía: “no hace mucho que la Argentina ha salido triunfante del ataque más profundo contra su propia esencia espiritual, cultural e histórica”, advertía también que esta batalla no había concluido y que aún requería de “la actividad constructiva y creativa del pensamiento filosófico y teológico” (Caturelli, 1980, p. 14). El primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana, decía Caturelli, tenía como objetivo precisamente generar un apostolado intelectual para revitalizar la cultura católica enraizada en lo que consideraba como la verdadera tradición iberoamericana, y para poner fin a aquella revolución cultural pluralista, secularista y anticristiana, de la que Gramsci, según él, era el gran maestro.

Bajo la premisa que León XIII definió en su encíclica, el Congreso adoptó el lema *Vetera novis augere et perficere*, traducible como “complementar y aumentar lo viejo con lo nuevo”. Con la convocatoria de la Sociedad Católica Argentina de Filosofía, presidida, como señalamos, por Caturelli, Córdoba fue designada como el lugar del encuentro⁸. El profesor de la FFyH comentaba que se tomó esa decisión por la profunda conexión histórica y simbólica que esta provincia tenía con la tradición universitaria del país; además de que, como se destacó en el Comentario de Laura Arese en este volumen, Córdoba ya había sido lugar de eventos filosóficos de alcance nacional⁹. El propósito de conferir al Congreso un carácter universitario, lo cual fue reforzado por el apoyo de una veintena de universidades nacionales y católicas¹⁰, aspiraba a dotar a sus

8 Colaboraron también con la realización del Congreso: la Asociación Católica Interamericana de Filosofía, la Sociedad Internacional de Santo Tomás de Aquino, el Instituto de Promoción Social Argentina y la Fundación Arché. Cfr. Caturelli et al, 1980.

9 Se optó como sede del Congreso el complejo turístico de Embalse de Río Tercero (Córdoba), ubicado frente al lago que rodea la ciudad, puesto que, según Caturelli (1980), ofrecía un “ambiente de retiro y recogimiento”, es decir, un espacio alejado de las distracciones del mundo secular y propicio para la contemplación. Estas condiciones se consideraban esenciales para el desarrollo de la filosofía cristiana, ya que proporcionaban el contexto necesario para fortalecer e integrar la fe con una reflexión intelectual.

10 Entre las universidades que auspiciaron el Congreso se encontraban: Universidad Nacional de Córdoba, Pontificia Universidad Católica Argentina, Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional de Cuyo, Universidad Nacional de Tucumán, Universidad Nacional del Litoral, Universidad Católica

discusiones y conclusiones de cierta legitimidad al interior del campo del conocimiento y de la filosofía en particular. Pero no sólo ello, sino que además procuraba otorgarles una validez que permitiera reconocerlas como contribuciones significativas al discurso filosófico contemporáneo, asediado, según sus organizadores, por corrientes materialistas y escépticas. De esta manera, las actas del Congreso, a pesar de haber sido impulsado por sociedades extrauniversitarias, fueron publicadas en 1980, en una edición compuesta por cinco voluminosos tomos, por la Dirección General de Publicaciones de la UNC. Esta publicación, sugerentemente titulada *La filosofía del cristiano, hoy*, ayudó a consolidar su valor académico y a difundirlas tanto dentro como fuera de la comunidad universitaria, llegando incluso a ser entregadas en Roma, por el mismísimo Caturelli, al Papa Juan Pablo II.

Caturelli, a su vez, se esforzó en otorgar al Congreso una doble institucionalidad eclesiástica y política. En primer lugar, en la introducción a las actas, el profesor de la FFyH dejó constancia de que, por intermedio de una nota enviada al entonces presidente de la Conferencia Episcopal Argentina, el Arzobispo de Córdoba Raúl Primatesta, logró obtener el auspicio del Episcopado Argentino¹¹. De esta manera, el Congreso quedó sujeto a la orientación y supervisión de la Iglesia Católica, al mismo tiempo que obtuvo un grado de reconocimiento que invistió a las deliberaciones y resoluciones allí elaboradas de una autoridad que las posicionaba como representativas y vinculantes para la ortodoxia cristiana.

del Norte “Santo Tomás de Aquino”, Universidad Nacional de Río IV, Universidad Nacional de Río IV, Universidad Nacional de Entre Ríos, Universidad Nacional del Noroeste, Universidad Nacional de San Juan, Universidad Nacional de Salta, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Universidad Católica de Santa Fe, Universidad Nacional de Catamarca, Universidad Nacional de Santiago del Estero, Universidad Nacional de Mar del Plata, Universidad Nacional de Rosario, Universidad Nacional de San Luis, Universidad Nacional de La Pampa. Cfr. Caturelli et al., 1980.

11 La nota al Episcopado llevaba la firma del propio Caturelli, junto con las de Octavio N. Derisi, Guillermo Blanco, Vicente Ciliberto, Abelardo Pithod, Juan A. Casaubon, Gustavo E. Ponferrada, Rubén Calderón Bouchet, Ismael Quites, Néstor A. Corma, Domingo Basso, Dennis Cardozo Biritos. Benito Raffo Magnasco y Gastón Terán. Cfr. Caturelli, 1978a.

En este marco, Caturelli agregó haber extendido una invitación al recientemente electo Papa Juan Pablo II a inaugurar el evento. Sin embargo, según afirmaciones del propio Caturelli, a pesar de su interés por asistir, su papel como mediador en la disputa territorial entre Argentina y Chile no se lo permitió (Caturelli, 1980). En segundo lugar, Caturelli señaló también en las propias actas del Congreso que, en diciembre de 1978, solicitó una entrevista con el presidente de facto de la Nación, el Teniente General Jorge Rafael Videla. El profesor de la FFyH consideraba que el Congreso era una empresa que comprometía política y culturalmente a la Argentina. Así se lo manifestó, según él, a Videla durante este encuentro, del que también participó Derisi, argumentando que, dada la situación particular que vivía el país en el contexto de un mundo en crisis, el pensamiento católico jugaba un papel fundamental en su futuro. Unos meses después, el 17 de abril de 1979, para ser más precisos, el Congreso fue declarado de interés nacional por el decreto N° 874 del Poder Ejecutivo Nacional, una medida que también sería acompañada por el gobierno de Córdoba. De este modo, el Congreso se situaba además como un bastión privilegiado en la articulación de las estrategias intelectuales y morales implementadas para contrarrestar lo que los organizadores entendían como fuerzas disruptivas que amenazaban el orden establecido. Su importancia radicaba precisamente en su capacidad para promover valores y principios arraigados en la tradición católica, fortaleciendo así los pilares que consideraban fundamentales para la sociedad frente a las corrientes filosóficas que, según denunciaban, buscaban socavar su estabilidad y cohesión.

El domingo 21 de octubre de 1979, Videla llegó a la ciudad de Córdoba para participar de la ceremonia inaugural del Congreso. Lo hizo acompañado por el Ministro de Educación y Cultura de la Nación, Juan Llerena Amadeo¹², y el gobernador de facto de la Provincia, el

12 El abogado Juan Llerena Amadeo fue el tercer Ministro de Educación de la Nación durante el gobierno de facto de Videla, entre noviembre de 1978 y marzo de 1981, designado como tal por sugerencia de los cardenales Eduardo Pironio, Raúl Primatesta y Juan Carlos Aramburu. Llerena pertenecía a la Corporación de Abogados Católicos “San Alfonso María de Ligorio”, que proveyó de otros funcionarios al Proceso. Anteriormente, entre 1967 y 1969, se había desempeñado como subsecretario de educación durante la presidencia

General de Brigada Adolfo Sigwald. El evento comenzó con una misa celebrada en la Iglesia Catedral y fue presidida por el Arzobispo de Córdoba Raúl Primatesta. En lo que era una jornada algo inusual, el edificio estaba repleto de fieles. Entre ellos se encontraban casi un centenar de pensadores católicos provenientes de distintas partes del mundo, quienes también habían sido especialmente invitados a participar del evento. Según el presidente de su Comisión Ejecutiva, había representantes de veintiún países diferentes, sin contar Argentina. Tras la misa, se dirigieron a pie hasta el Teatro Libertador "General San Martín", un lugar emblemático para la cultura cordobesa, donde se llevó a cabo la ceremonia inaugural. El acto comenzó con la lectura del telegrama enviado para la ocasión por el Papa Juan Pablo II. Luego, Derisi, en su calidad de presidente de la Comisión Organizadora, y Stanislavs Ladusāns, en nombre de los congresistas extranjeros, ofrecieron sus respectivas conferencias. Finalmente, Videla pronunció un breve discurso que dió apertura oficial al Congreso, y que incluimos aquí (doc. 4). Como cierre de la ceremonia inaugural, se ofreció un *lunch* en los salones del Teatro. Tras el ágape, los congresistas se trasladaron hacia Embalse de Río Tercero, donde, durante seis días, se presentaron 172 ponencias sobre diversas temáticas relacionadas con la filosofía cristiana y su situación en el mundo contemporáneo¹³. Entre las conclusiones del Congreso, se destacó la vigencia del pensamiento filosófico cristiano,

del general Juan Carlos Onganía. Además, fue presidente de la Corporación de Abogados Católicos, miembro del Consejo Superior de Educación Católica (CONSUDEC), profesor de la Universidad Católica Argentina y de la Universidad del Salvador, secretario académico de la Facultad de Derecho de la UBA e integrante de uno de los institutos asociados al CONICET. Sobre la actuación de Llerena como Ministro véase Rodríguez (2011).

13 Las ponencias presentadas en el Congreso se distribuyeron en varias sesiones plenarias en función de las siguientes temáticas: 1. El hombre cristiano y las implicaciones filosóficas existentes en su adhesión a cristo redentor. La metafísica cristiana; 2. La filosofía cristiana frente a la lógica y las filosofías nominalistas de hoy; 3. Filosofía cristiana, antropología y psicología; 4. Examen crítico de las formas del inmanentismo, ateísmo y neomodernismo en el mundo actual. La justicia y el marxismo; 5. Filosofía cristiana y ontología; 6. Ética y política cristiana; 7. Distinción e integración de lo natural y lo sobrenatural; 8. Filosofía cristiana y educación; 9. contemplación y acción. Filosofía y mística cristiana hoy; 10. La filosofía cristiana, el trabajo y la

especialmente aquel de raigambre tomista, lo que fue considerado como una contribución a la revitalización y fortalecimiento de los pilares fundamentales de la cultura occidental en general y argentina en particular (Derisi, 1980a).

Si los organizadores del Congreso pretendían una articulación con el poder político para promover los principios católicos que consideraban fundamentales para el orden social, surge la pregunta sobre cuál era el interés del gobierno militar, y de Videla particularmente, en respaldar esta iniciativa teológico-filosófica.

Para una primera aproximación a esta cuestión, puede considerarse que el tema central del Congreso, como indicaba Primatesta (1980) en su homilía, era la “Verdad”, en mayúscula, es decir, en su sentido absoluto. El cardenal y arzobispo de Córdoba la definía como un “clamor”, puesto que, según él, brotaba de un mundo moderno asediado por una cacofonía de voces. De manera semejante, desde el escenario de un Teatro del Libertador repleto, Derisi afirmaba que “los males de la época se derivan y nutren en gran medida de los errores filosóficos de nuestro tiempo” (1980b, p. 39). Hacía referencia a aquellas concepciones modernas y contemporáneas que, a su parecer, se articulaban sobre un enfoque “inmanentista”. Definía como “inmanentismo” a la restricción de la inteligencia al ámbito subjetivo, lo que reducía el conocimiento a una mera representación y lo alejaba de lo que él consideraba como su objeto formal: la “verdad transubjetiva”, el ser trascendente o lo real en sí mismo. Es decir, se trataban de opciones filosóficas que, a su juicio, conducían a posiciones relativistas, negando así cualquier acceso racional a una verdad objetiva y absoluta, como lo era la “verdad revelada”, esto es, la verdad comunicada directamente por Dios a través de las sagradas escrituras. Entre estas concepciones, Derisi destacaba el racionalismo, el empirismo, el criticismo, la fenomenología y el existencialismo. Videla, por su parte, también caracterizaba a su momento histórico como un tiempo conflictivo, como un “mundo atiborrado de signos confusos y contradictorios”, que reclamaba, por eso mismo, “una profunda solidez en las ideas y en las creencias, para transitar el camino hacia la sabiduría” (1980b, pp. 65-66).

técnica. La historia de Iberoamérica a la luz de la filosofía cristiana; 11. Santo Tomás hoy, como modelo de creatividad filosófica y santidad de vida.

Primatesta, además, consideraba a la “Verdad” como una “exigencia”, señalando su estrecha conexión con el “Bien”, también entendido en términos absolutos. De igual modo, Videla enfatizaba que era esa “Verdad” lo que le daba al hombre la medida no sólo de su ser, sino también de su obrar, ya que estaba intrínsecamente ligada a su “destino trascendente” (1980, p. 66). Si la “Verdad” interesaba, sobre todo a alguien que, como él, era un “hombre de gobierno” o un “hombre de acción”, según sus propias palabras, era por su relación con el orden práctico. Ella permitía fundamentar su conducta y asegurar, de ese modo, que sus decisiones políticas no estuvieran guiadas por un “relativismo estéril” o una “tecnocracia carente de finalidad” (Videla, 1980, p. 66).

Por último, Primatesta describía la “Verdad” como un “anuncio”, en tanto se alcanzaba mediante la fe en la revelación. En ese sentido, aludiendo a los Doctores de la Iglesia¹⁴, subrayaba el papel de la filosofía cristiana como preámbulo y disposición para la visión total de la verdad absoluta al conciliar la fe con la razón, destacando así su función como “pedagoga del Evangelio”. En esta línea, Derisi exaltaba el “intelectualismo realista” de Tomás de Aquino, al que definía como una “filosofía perenne” por estar ajustada en todos sus aspectos a la verdad objetiva y absoluta. Afirmaba que la doctrina tomista encarnaba la filosofía cristiana de la Iglesia, ya que le ofrecía a la “verdad revelada” una filosofía con que apoyar su credibilidad y organizarse en ciencia teológica. Videla también ponderaba la figura del aquinense en ese esfuerzo por conectar el “conocimiento revelado” -que proviene del estudio del dogma expresado en las sagradas escrituras- y el “conocimiento natural” -fundando exclusivamente en el uso de la razón-, es decir, por sintetizar la teología revelada y la filosofía, que se convertía así en teología natural. De este modo, definía la filosofía como el “conocimiento de los primeros principios y de los fines últimos del hombre” (Videla, 1980, p. 67). La filosofía, para Videla, constituía así un pilar fundamental de

14 El título de Doctor de la Iglesia es otorgado por el Papa o por un Concilio. Este título eclesial se otorga de manera póstuma, teniendo como requisitos necesarios la santidad declarada, la ortodoxia en la fe y la eminencia en la doctrina. Entre ellos se destacan Ambrosio de Milán, Jerónimo de Estridón, Agustín de Hipona y Tomás de Aquino.

la civilización actual en tanto nutría las acciones de la sociedad y de su grupo dirigente de conceptos y valores esenciales en un mundo que, bajo su mirada, se presentaba caótico. Y si apoyaba el Congreso, era precisamente porque, al mostrar la vigencia o, lo que es igual, el carácter perenne del pensamiento tomista, permitía, según él, consolidar “el pensamiento filosófico contemporáneo” (Videla, 1980, p. 65), lo que consideraba una herramienta clave, fundadora, para su propio proyecto político.

A partir de estas consideraciones es posible pensar que Caturelli y el grupo que impulsó el primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana buscaron en el apoyo del gobierno nacional la legitimación de sus posicionamientos teológico-filosóficos, con el objetivo de establecerlos como elementos claves en la organización político-cultural de la sociedad. Al mismo tiempo, la participación de Videla, como principal representante del Poder Ejecutivo Nacional en el Congreso, sugiere que demandó de este evento la validación de su propio accionar político. En las discusiones y resoluciones del Congreso, el presidente de facto podía respaldar sus decisiones gubernamentales en una verdad absoluta, trascendente y objetiva. Es así que en su discurso inaugural afirmaba que “no se gobierna sólo con ideas pero tampoco sin ellas” (Videla, 1980, p. 66). En definitiva, el respaldo del gobierno militar parecía asegurar la legitimidad de la filosofía católico-tomista al interior del campo filosófico y cultural, al mismo tiempo que le confería un estatus privilegiado en la configuración del orden social. Asimismo, esta filosofía parecía garantizar a este gobierno su carácter normativo y otorgarle, a su vez, una función y un sentido específico.

Avanzando un poco más allá, cabe pensar que hay también una sintonía doctrinaria, o al menos una convivencia discursiva e institucional entre las Fuerzas Armadas, los filósofos cristianos (algunos de ellos profesores de la Escuela de Filosofía de la UNC) y la Iglesia Católica. Esta convivencia puede explicarse por una serie de factores históricos, ideológicos y políticos que entrelazaron los intereses y las visiones de estos tres grupos, y que requieren nuevas y más profundas exploraciones. La relación entre un cierto sector de la Iglesia y el Estado que se expresó en este Congreso, ilustra el estrecho vínculo que existió entre el saber filosófico, el pensamiento católico y el

poder político, configurando una narrativa y una práctica que moldeó significativamente la sociedad argentina. Durante los años de la Dictadura cívico-ecclesiástico-militar que afectó al país entre 1976 y 1983, las Fuerzas Armadas buscaron establecer un orden social basado en principios éticos y políticos afines a la doctrina cristiana antimodernista, neotomista, hispanista y nacionalista; mientras que, el sector de la Iglesia católica que sostenía esta doctrina y que ocupaba un lugar predominante en esa institución, proporcionó un marco institucional para implementar este orden, no solo ofreciendo un respaldo intelectual a través de sus filósofos, sino también promoviendo diversas acciones al interior del campo académico, educativo y cultural.

Referencias

- Bekerman, Fabiana; Rossomando, Pía; Lamaisón, María Josefina (2023). Desde la Dictadura Militar hacia la Reparación Institucional en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina. Exoneraciones, Exilios y la Creación de la Comisión de la Memoria. SciELO Preprints. <https://doi.org/10.1590/SciELOPreprints.6497>
- Gárgano, Cecilia (2015). *Ciencia en dictadura: trayectorias, agendas de investigación y políticas represivas en Argentina*. Buenos Aires: INTA.
- Guerrero, Fernando (1992) *El magisterio pontificio contemporáneo. Colección de encíclicas y documentos desde León XIII a Juan Pablo II*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Philip, María Martha (2015). La Universidad Nacional de Córdoba y la 'formación de las almas' durante la dictadura de 1976. *Actas VII Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente*, pp. 831-856. <http://hdl.handle.net/11086/25117>
- Rodríguez, Laura (2011). La influencia católica en la educación: el caso del ministro Juan Rafael Llerena Amadeo (1978-1981).

“No se gobierna sólo con ideas pero tampoco sin ellas” Videla en el primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana (Córdoba, 1979)

Estudios, (25), 141-157. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.9191/pr.9191.pdf

San Nicolás, Norma (2016). Aniquilar la oposición. El terrorismo de Estado en la UNC: contexto y expresiones, Romano, Silvia. (ed.). *Colectivos y parcialidades políticas y sociales: los desaparecidos y asesinados de Córdoba en los '70*, Córdoba: Editorial de la Facultad de Filosofía y Humanidades (UNC), pp. 27-59. <http://hdl.handle.net/11086/549126>

Fuentes

Resoluciones de la UNC consultadas en el Archivo General de la Universidad Nacional de Córdoba (AGH-UNC)

Res. rectoral UNC n° 1851, 09/08/1976

Res. rectoral UNC n° 738, 08/06/1979

Resoluciones de la FFyH-UNC consultadas en Mesa de Entrada de la Facultad de Filosofía y Humanidades (ME-FFyH)

Res. decanal n° 177, 29/04/1976

Res. decanal n° 694 bis, 30/12/76

Otros documentos

Boixadós, Alberto, Caturelli, Alberto et. al (1976). *Misión y fines de la Universidad*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.

Caturelli, Alberto (1978a). La Sociedad Católica Argentina de Filosofía. *Sapientia*, 33 (129), 230-234.

Caturelli, Alberto (1978b). *La Universidad de Córdoba*. Córdoba: Gobierno de la Provincia de Córdoba.

Derisi, Octavio (1980a). Conclusiones del Primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana. *Sapientia*, 35 (135), 75-78.

Derisi, Octavio (1980b). La contribución fundamental de Santo Tomás de Aquino a la filosofía. La ubicación de la inteligencia en su objeto formal: el ser trascendente, en Caturelli et al. *La filosofía del cristiano, hoy*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.

Junta Militar de la República Argentina (1980). *Documentos básicos y bases políticas de las Fuerzas Armadas para el Proceso de Reorganización Nacional*. Buenos Aires: Imprenta del Congreso de la Nación.

Ponferrada, Gustavo (1974). Tomás de Aquino en su VII centenario. *Sapientia*, 29 (114), 243-262.

Primatesta, Raúl (1980). Homilía mensaje de su eminencia el señor Cardenal Raúl Primatesta, Arzobispo de Córdoba, al celebrar la Santa Misa en la Iglesia Catedral de Córdoba, como acto inicial del primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana, en Caturelli et al. *La filosofía del cristiano, hoy*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, pp. 33-34.

Videla, Jorge Rafaela (1980). Discurso de apertura del primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana, por el excelentísimo señor presidente de la Nación Argentina Teniente General (R) D. Jorge Rafael Videla., en Caturelli et al. *La filosofía del cristiano, hoy*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.

DISCURSO DE APERTURA DEL PRIMER CONGRESO MUNDIAL
DE FILOSOFIA CRISTIANA, POR EL EXCELENTISIMO SEÑOR
PRESIDENTE DE LA NACION ARGENTINA
TENIENTE GENERAL (R) D. JORGE RAFAEL VIDELA

Señores Congresistas:

Cuando Juan Pablo II señaló, en su Encíclica sobre Jesucristo Redentor, que "hoy quizás más que nunca, los hombres de ciencia de la Iglesia están llamados a unir la fe con el pensamiento y la sabiduría, para contribuir a su recíproca compenetración", determinó una clara característica del magisterio filosófico cristiano.

La dinámica de los acontecimientos mundiales y las profundas mutaciones en las relaciones entre los hombres y los pueblos, constituyen el marco de referencia de un momento histórico particularmente conflictivo, que impone una profunda solidez en las ideas y en las creencias, para transitar el camino hacia la sabiduría.

Una sabiduría ligada al destino trascendente del hombre que posibilite reafirmar la visión global y permanente de los conceptos filosóficos que fundamentan la preeminencia del ser humano como criatura de Dios y que, permite también, en el orden práctico, asumir el acelerado cambio social de nuestros días.

Por otra parte, el trascendente aporte que significó para la humanidad la exaltación del bien común como fundamento y objetivo de la autoridad, anunciada por los profetas y proclamada por Jesucristo, requiere hoy de una revitalizada vigencia, ajustando su aplicación a las condiciones de esta época.

Es por eso que como presidente de la República siento una íntima satisfacción al inaugurar las deliberaciones de este Congreso en cuyo seno se tratarán temas cuyos resultados posibilitarán —a no dudarlo— una mayor consolidación del pensamiento filosófico contemporáneo.

Nuestro país recibe a tan distinguidos congresistas, con el orgullo de haber sido elegido como sede de un acontecimiento de inusual relevancia,

tanto por las cuestiones a considerar como por el prestigio y capacidad intelectual de quienes protagonizarán fecundas jornadas de reflexión y trabajo.

Reflexión y trabajo con un solo objetivo: La búsqueda de la verdad, motivación central de la actividad de quienes, como ustedes, han hecho del pensamiento el instrumento idóneo para determinar la esencia misma de la vida y el destino del hombre.

Verdad que, por otra parte, requiere sea buscada por sí misma, como fin y no como medio, para dar al hombre la medida de su ser y obrar.

Una verdad entroncada con el pensamiento humanista universal en el que se apoya toda nuestra concepción sobre la libertad y la dignidad humana.

Una verdad cuya indagación se facilita cuando cada hombre puede desarrollar plenamente su capacidad de reflexión en el marco de una sociedad libre y justa, volcándose sobre ella transformada en acción.

Como hombre de gobierno no puedo dejar de hacer algunas consideraciones sobre la íntima relación que existe entre el pensamiento y la acción.

El hombre de acción cabal es el que lleva en sí la posibilidad de encontrar simultáneamente la fundamentación de su conducta y la materialización de su pensamiento en hechos.

Es evidente, entonces, que si el pensamiento no fecunda la acción y ésta no alimenta a la teoría, el hacer del hombre resulta insuficiente para cualquier empresa dinámica que se proponga.

No debe olvidarse que detrás de las decisiones instrumentales está la política y tras ella, si se la quiere concebir en su real dignidad, debe existir una concepción trascendente acerca del hombre, de la sociedad y de la historia.

De lo contrario, se caerá en un relativismo estéril o en una tecnocracia carente de finalidad que podrán alcanzar algunos logros materiales, pero que no proporcionarán un orden social a la altura del desafío que impone nuestro tiempo y donde los grandes valores de la libertad, la justicia y la solidaridad puedan quedar asegurados.

Hay que recordar los peligros de un pensamiento desvinculado de un sano realismo filosófico y los excesos en la exaltación de la acción por la acción misma. Ni lo uno ni lo otro pueden fundar una actitud rectora de la sociedad, verdaderamente equilibrada y serena porque no se gobierna sólo con ideas pero tampoco sin ellas.

El noble diálogo en busca de la verdad que propone la filosofía, en tanto conocimiento de los primeros principios y de los fines últimos del hombre no debe quedar encerrado en los límites del claustro o del encuentro académico. Su poder de convicción, su capacidad vinculante y por lo tanto íntimamente educadora, ha de nutrir las actitudes concretas de una sociedad y de sus grupos dirigentes.

El diálogo, donde la confianza en la propia verdad pueda conjugarse en la apertura a la expresión de la verdad ajena, que perfecciona la propia, es ejemplo de la convivencia. El diálogo es signo evidente de que una sociedad ha alcanzado un grado de madurez que permite afrontar el logro de la unidad en la diversidad.

La filosofía sigue siendo uno de los pilares fundamentales de nuestra civilización. En medio de un mundo atiborrado de signos confusos y contradictorios el hombre continúa buscando el sentido de su propia existencia personal y colectiva. Ese sentido, sin el cual la vida se torna un acontecer absurdo, sólo se logra accediendo a las manifestaciones superiores del conocimiento y elevando la mirada en busca del Creador en quien fundamos nuestra esperanza.

Por ello, nada más claro que el ejemplo admirable que nos brinda nuestra Iglesia Católica, cuando exalta su revitalizado sentido ecuménico, ofreciendo la verdad a todos los hombres de la tierra, a quienes propone —a través del Vicario de Cristo, con palabras de la filosofía perenne— una acción destinada a construir en solidaria tarea—, un mundo más justo y más libre, donde reinen la paz, la concordia y la dignidad. Señores:

Desde su alta cátedra, Santo Tomás nos enseñó a distinguir la diferencia entre el conocimiento revelado, propio de la teología y el conocimiento natural inherente a la filosofía.

Ambos, aunque independientes son inseparables en la unidad del espíritu humano. La continuidad de la tradición filosófica del cristianismo y la autoridad de sus grandes maestros estarán vivamente presentes en estas deliberaciones que hoy se inician y que contribuirán, sin duda alguna, a robustecer convicciones permanentes y abrir nuevos rumbos para la mejor comprensión entre todos los hombres.

Ruego a Dios Nuestro Señor para que así sea.